

La conformación del actual movimiento estudiantil Chileno

desde una perspectiva generacional¹

MANUEL ANSALDO R.
ascatasuna@gmail.com
FLACSO-Ecuador

RESUMEN

Dada la importancia que ha tenido el movimiento estudiantil chileno durante los últimos años, en el siguiente artículo se presenta una propuesta teórica que permite abordar la relación que existe entre movimientos sociales y transformaciones sociales mediante el diálogo entre las teorías de la juventud y la perspectiva generacional. Los principales hallazgos (expuestos desde las voces de los actores) nos muestran las continuidades generacionales que reflejan, en última instancia, la emergencia y el posicionamiento de este nuevo actor social en el contexto de una sociedad que va dejando atrás el período de la transición a la democracia y comienza a dar sus primeros pasos en una nueva etapa post-transicional.

PALABRAS CLAVE

Movimiento estudiantil chileno, juventud, perspectiva generacional, jóvenes estudiantes, política estudiantil.

ABSTRACT

Given the importance of the student movement of Chile during the recent years, the following article presents a theoretical proposal that enables to address the existing relationship between social movements and social transformations through the dialogue between the youth theories and the generational perspective. The main findings (exposed from the voices of the actors) show the generational continuities that reflect, as a last resort, the emergence and positioning of this new social actor in the context of a society that is leaving behind the transition period towards democracy and begins the first steps in a new post-transitional stage.

KEYWORDS

Chilean student movement, youth, generational perspective, young students, student policy.

1 Artículo que presenta extractos de la tesis de maestría *Jóvenes y política en Chile: hacia una comprensión del movimiento estudiantil chileno desde una perspectiva generacional. El caso de estudiantes activistas durante el período 2005-2014*. Quito: FLACSO-Ecuador, 2015. Realizada entre marzo de 2014 y marzo de 2015.

INTRODUCCIÓN

El siguiente artículo corresponde al análisis generacional del movimiento estudiantil que pude llevar a cabo durante 2014, en el marco de mi tesis de maestría. Utilicé una metodología cualitativa, donde las entrevistas semiestructuradas a jóvenes activistas fueron la principal herramienta. Los entrevistados debieron cumplir con al menos dos condiciones: no ser dirigentes estudiantiles, puesto que no me interesaba conocer específicamente el discurso más oficialista del movimiento, y que no hayan estudiado sólo en Santiago, ya que quería explorar en los límites mismos del movimiento, conociendo la experiencia de jóvenes de otras ciudades del país. Así, entrevisté a 15 jóvenes (más de una vez) de Santiago y Temuco.

1. MOVIMIENTOS SOCIALES Y JUVENTUD, UNA TENTATIVA TEÓRICA

Al observar la juventud como un fenómeno social y objeto de estudio, nos encontramos con que ésta se relaciona íntimamente con diversas problemáticas como el retraso de los jóvenes para ingresar al mundo del trabajo, por medio de la permanencia cada vez más prolongada en instituciones educativas (Feixa, 2006). Se trata, por lo tanto, de un fenómeno ligado fuertemente a la modernidad y el despliegue de sus instituciones, caracterizado doblemente por este momento de instrucción y aprendizaje antes de ingresar al mundo laboral y al retraso de la formación de otra institución como lo es la familia.

Si bien en sus inicios se trató de un fenómeno que podríamos asociar a las clases más acomodadas de la sociedad, el crecimiento de los Estados y la capacidad de cobertura de sus instituciones ayudaron al crecimiento de un segmento juvenil cada vez mayor, volviéndose –en cierto sentido, y con variados matices y diferencias– un fenómeno social transversal a las sociedades occidentales. Ya consolidada como categoría social y demográfica, la juventud es hoy en día un tema bastante discutido desde las ciencias sociales, al ser abordada desde distintas perspectivas culturales, políticas, económicas, etcétera.

Las perspectivas culturales en el análisis de la juventud se han agrupado en áreas como las culturas juveniles (Reguillo, 2000; Feixa, 2000) en donde se ha intentado comprender la agrupación identitaria de los jóvenes en el contexto de sociedades desiguales y con procesos de cambios cada vez más vertiginosos. En este sentido, las culturas juveniles serían una respuesta o una resignificación hacia estas sociedades impositivas en términos culturales. Grupos *punk*, pandillas, serían algunos ejemplos de este campo de investigación.

Aunque muchas veces se hace referencia a la dimensión política de las culturas juveniles (Aguilera, 2010), se les suele entender como formas alternativas para sobrevivir en culturas adultocéntricas que marginan y limitan las

opciones de los jóvenes, con lo cual muchas veces se estudia la contracultura en jóvenes con escasas posibilidades de integración social. Por este motivo, esta literatura de tipo más cultural, aunque importante y de sumo valor para la investigación de la juventud en América Latina, no me pareció un marco teórico adecuado para estudiar a un movimiento estudiantil que cada vez se institucionaliza más, a la vez que posee un gran poder transformador, característica que quizás en la contracultura es difícil encontrar.

Por su parte, los enfoques políticos desde los que se ha estudiado la juventud, han puesto su mirada en los movimientos juveniles y estudiantiles con mayor eco y resonancia en la historia reciente de nuestro continente, entendiendo muchas veces “lo juvenil” como una categoría revolucionaria en sí misma. A nivel global, existe evidencia de un proceso cada vez más reticular y de múltiples adscripciones en los jóvenes cuando se acercan a la política, alejándose así de instituciones como los partidos políticos (Rossi, 2009). A nivel continental, no son pocos los esfuerzos por entender la dimensión política en los jóvenes desde perspectivas comparadas (Alvarado y Vommaro, 2010; Ponce-Lara, 2013). En el caso chileno, existe una amplia literatura que ha abordado el tema del movimiento estudiantil, destacando las críticas que éste ha logrado imponer al modelo de sociedad que nos acompaña desde la época de dictadura militar (Garcés, 2012) y los matices que ha tomado durante los últimos veinticinco años en el marco del proceso denominado transición a la democracia (Gómez, 2006).

Estas literaturas nos ayudan a comprender los sentidos y prácticas de la acción política juvenil, las percepciones que los jóvenes tienen de lo político y las formas organizacionales que, con base en lo anterior, son capaces de construir. Sin embargo, en este artículo quisiéramos acercarnos a discusiones que contemplen a los movimientos juveniles como actores relevantes, capaces de transformar la realidad. Por lo tanto, más allá de las percepciones y los sentidos, vale la pena adentrarse en los procesos que permiten a los jóvenes constituirse como actores políticos, en el contexto de sociedades adultocéntricas que predefinen el rol de éstos para la continuidad y reproducción del sistema en su conjunto (Duarte, 2012). Por tal motivo, me pareció que el mejor camino para asentar el análisis eran las discusiones que abordan el problema de la juventud desde perspectivas generacionales, inspeccionando la formación de una generación política como la actual, que ha significado un motor importantísimo en las dinámicas políticas recientes en Chile.

Debido a la fuerte reemergencia de movimientos sociales juveniles y estudiantiles en el último tiempo –en sociedades de cambios y ritmos acelerados, en donde el desarrollo clásico del ser humano desde la niñez, pasando por la juventud, la adultez y finalmente la tercera edad se han vuelto categorías cada

vez más inestables y difíciles de delimitar, y con un culto a lo joven cada vez más extendido en la publicidad y en los estilos de vida de las personas- han surgido nuevas lecturas para comprender las continuidades y cambios sociales desde una perspectiva que aborde estas problemáticas, la cual se ha denominado como el “problema generacional” (Baumann, 2007).

El debate más actual proviene desde la teoría funcionalista del sociólogo húngaro Karl Mannheim, quien en su texto titulado “Das Problem der Generationen” (“El problema de las generaciones”) busca dar una respuesta sociológicamente fundamentada al problema de la relación que existe entre los procesos biológicos del reemplazo generacional y los procesos sociales que le dan vida a una generación, y en última instancia, garantizan el dinamismo histórico en las sociedades modernas (Mannheim, 1993, p. 240). Tal enfoque fue fundamental para dar un giro al predominio del positivismo y las perspectivas esencialistas que sustentaban el análisis de las generaciones desde una mirada biologicista, relacionando directamente la edad de las personas con determinadas características sociales.

Si el debate acerca de lo generacional se lo debemos en parte a Mannheim, por situarlo en un terreno eminentemente sociológico, han sido las relecturas que han hecho distintos autores en los últimos años las que nos proporcionan herramientas teóricas para estudiar la construcción del concepto de juventud hoy en día. Los nuevos y no tan nuevos movimientos sociales estudiantiles que han tomado fuerza en países como Chile y Colombia, en los últimos años, han surgido desde una especie de quiebre con tradiciones políticas ancladas en partidos e instituciones formales; estos movimientos recogen y se forman con base en nuevos sistemas de valores e identidades propias, en contextos de movilización social en donde los jóvenes han sido los protagonistas. De esta manera, la supuesta apatía política de los jóvenes no sería tal y, más bien, se necesitarían nuevas categorías capaces de comprender las transformaciones generacionales que han repercutido fuertemente en el seno de sociedades aparentemente estables y sin mayores conflictos como la chilena.

Debido a lo anterior, introducirse en el análisis generacional del movimiento estudiantil chileno es, a su vez, un intento de comprensión de las profundas transformaciones que está viviendo la sociedad chilena en su conjunto, las cuales se posicionan en el terreno de la cultura política y de las que ya estamos siendo testigos, como la irrupción de exlíderes estudiantiles en el Congreso, la poca legitimidad y fuerte fiscalización a la clase política tradicional, así como las Reformas impulsadas por el gobierno de Michelle Bachelet (entre ellas la educacional), impensadas hasta hace unos años atrás y producto directo de las manifestaciones estudiantiles recientes.

Carmen Leccardi y Carles Feixa (2011) rescatan nociones fundamentales de las lecturas generacionales de Mannheim que aquí servirán como guía de análisis de esta generación de jóvenes que conforman el movimiento estudiantil chileno, y que se proponen como una respuesta sugerente para poder hablar de una unidad generacional dentro del movimiento estudiantil, en vistas del disenso y la gestión del poder que opera en su interior.

En primer lugar, el concepto de “unidad generacional” se refiere a que “lo que configura una generación no es compartir la fecha de nacimiento –la situación de la generación, que es algo ‘solamente potencial’ (Mannheim, 1993)– sino esa parte del proceso histórico que los jóvenes de igual edad-clase comparten (la generación en sí)” (Leccardi y Feixa, 2011); en otras palabras, ser parte y compartir una generación significa, ante todo, vivenciar procesos históricos y sociales comunes para un grupo de personas, situando en un segundo plano la edad de los sujetos.

Por otra parte, y complementario a lo anterior, los vínculos generacionales se manifiestan en dos momentos. Primero, en “la presencia de acontecimientos que rompen la continuidad histórica y marcan un antes y un después en la vida colectiva” (Leccardi y Feixa, 2011), como es el caso de las fuertes experiencias individuales y colectivas que han tenido los jóvenes a lo largo de los años ya sea en el colegio o en la universidad. En segundo lugar, “el hecho de que estas discontinuidades sean experimentadas por miembros de un grupo de edad en un punto formativo en el que el proceso de socialización no ha concluido, por lo menos en sus fases más cruciales, y cuando los esquemas utilizados para interpretar la realidad todavía no son rígidos por completo” (Leccardi y Feixa, 2011); es decir, la dimensión colectiva de lo generacional no solamente se manifiesta en los procesos históricos compartidos, sino que es vital enmarcarlo dentro de un momento particular en la vida de las personas: la juventud. Esto quiere decir que, a diferencia de otras etapas de la vida, las acciones políticas vivenciadas por los estudiantes configurarían en cierta medida las orientaciones simbólicas hacia la política: los “compañeros y compañeras” y quienes se configuran como “los rivales”, ya sea el Estado, los partidos políticos, etc. En esta lectura, estos últimos serían la generación de referencia contra la que se manifiestan los jóvenes.

Con base en lo anterior, si existe algo así como una unidad del movimiento estudiantil, la entrada que aquí se propone es desde una perspectiva generacional, una unidad generacional que le da sentido y coherencia a la acción colectiva. Como propone Melucci (1996), el cómo se mantiene unido un movimiento social es un proceso que debe ser descrito, explicado, comprendido, y nunca dado por sentado. En este caso en particular, se ha optado por la comprensión

de la construcción de una generación política de jóvenes que, viviendo procesos sociohistóricos comunes, dieron vida al movimiento estudiantil como lo conocemos hoy en día.

2. CONTINUIDADES GENERACIONALES

a) La clase social

En las teorías actuales sobre movimientos sociales, uno de los supuestos fuertes que podemos encontrar es que no necesariamente la clase social funciona como variable explicativa de la acción colectiva, aunque en muchos casos efectivamente sí lo sea. En el caso particular de los estudiantes, fue especialmente importante el hallazgo de que quienes participan del movimiento estudiantil provienen mayoritariamente de lo que podría denominarse una clase media que estudia tanto en colegios públicos, particulares subvencionados y privados, a la cual le cuesta un gran esfuerzo mantener a sus hijos en los colegios y, posteriormente, en la universidad, pues en la mayoría de los casos son padres y madres quienes corren con los costos de mantención y pago de mensualidades de los hijos e hijas estudiantes. La añoranza por un pasado económico mejor, las crisis económicas y posteriores momentos de bonanza económica, son un camino que parece haber recorrido la mayoría de los estudiantes desde su niñez hasta hoy en día. Lo anterior coincide con la bonanza económica de la década de los noventa, seguida de la llamada crisis asiática y una estabilización o al menos ausencias de crisis económicas fuertes desde comienzos de siglo hasta el día de hoy en Chile. En ese sentido, es posible observar que la inestabilidad económica ha sido el trasfondo de la vida de estos jóvenes, llevándolos en algunos casos a asumir una condición de clase inferior; con un análisis externo de su propia trayectoria, estos jóvenes podrían concluir:

Bueno yo he estado con altos, tuve en algún momento la plata como para un consumo positivo. Mi mamá vivió cosas muy fuertes en su vida y llegó un momento que lo perdimos todo, llegamos a no tener nada así como para no comer, después volvimos a estar estables y luego volvimos a estar mal. Ahora yo me considero una persona pobre, pero igual desde el entender que no hay clase media, hay oprimidos y opresores y pertenezco al sector de los oprimidos (Lucía, 2014, Entrevista).

Al analizar la identificación con el movimiento vemos que, al igual que el caso anterior, los sectores más altos que se integran al movimiento no se dicen parte de la clase alta del país, sino que pasan a ser parte de un movimiento social

unido y cohesionado por otras instancias no necesariamente de clase, sino generacionales, ancladas en las experiencias comunes de movilización y trabajo político. Una estudiante proveniente de una clase acomodada nos relata cómo fue el entrar a su universidad y los choques y conflictos que ahí tuvo que vivir.

Entré el 2011, en mi carrera era poco común gente ABC² porque mi carrera es una carrera que pide súper poco puntaje, pide como 600 puntos, entonces entran caleta de cabros como de estratos más bajos. Claro, como que le tuve más rabia a mi condición de clase (risas). Y si po, entramos y estuve como dos meses en clases y nos fuimos a paro po, estuve en paro hasta diciembre o noviembre, estuve todo el año en paro (Marcela, 2014, Entrevista).

Esos meses de paro, esa cotidianeidad compartida, en muchos espacios del movimiento estudiantil fueron capaces de juntar a jóvenes activistas y cohesionarlos en torno a las luchas sociales conjuntas que les permitieron disipar estas diferencias de clase.

b) Legado político-familiar

Los núcleos familiares donde los estudiantes se criaron pertenecen, en su gran mayoría, a lo que podemos denominar, por efectos prácticos, “una izquierda amplia”; familias que fueron protagonistas directas de los procesos políticos que aún marcan al país, como la Unidad Popular de Salvador Allende y la posterior dictadura militar de Augusto Pinochet. Podría decirse que son familias en donde “se hablaba de política y de la dictadura” temas muchas veces tabú en los núcleos familiares. No obstante, referirse a una izquierda amplia sirve para plantear la idea de que las trayectorias políticas familiares provienen de muchos sectores sociales: parroquias, organizaciones sociales, juventudes de partidos políticos, posiciones jerárquicas en el Estado (en donde puede establecerse una correlación entre posiciones de poder al interior de esta izquierda amplia y las clases sociales de donde provienen estos jóvenes), entre otros. Lo anterior tampoco significa que el padre y la madre de los jóvenes participaran en política, ya que algunas veces se podía tratar sólo de una rama de la familia, o incluso de los abuelos o abuelas, estableciendo una brecha generacional más amplia con sus nietos. También hermanos y hermanas mayores llegan a establecer una influencia importante en las concepciones políticas primarias que se hacen los niños.

- 2 Según la Clasificación socioeconómica en Chile, la cual corresponde a un análisis estadístico de estratificación social obtenidos mediante la Encuesta CASEN, en donde las variables más importantes son ingresos y nivel de estudios, Chile se divide en los grupos: ABC1, C2, C3, D y E. Siendo el grupo ABC1 el más acomodado del país.

Mi papá fue militante, militó en el MIR y mi mamá tuvo cercanía con el Partido Comunista o el Socialista no me acuerdo muy bien. Mi abuelo era minero de Schwager y después de eso trabajó antes del 73 en el cordón industrial de Vicuña Mackenna en Santiago, en la Textil Progreso. Toda mi familia eran profesores y siempre con vínculos en la izquierda. Tengo tíos también que fueron militantes del Partido Comunista, mi familia es de la zona de Coronel, ahí es como una zona bien politizada en general. En esa zona no hay ninguna casa que no tenga un militante de izquierda (Alejandra, 2014, Entrevista).

Lo relevante a destacar de lo anterior es que los jóvenes compartían desde antes de conocerse trayectorias políticas familiares de izquierda, relatos, historias y cuentos épicos en donde sus principales referencias familiares fueron los protagonistas. Esto ayudó a cimentar un campo interpretativo común de las luchas sociales del país, lo cual deriva en cierta manera en la construcción de un mundo común que establece los horizontes de posibilidad de la acción colectiva.

3. LA FORMACIÓN GENERACIONAL

a) Tan sólo unos adolescentes...

Las movilizaciones de 2006 son un hito que marcó a esta generación. Como se planteó más arriba, fueron momentos de una fuerte socialización política que marcaron para siempre a estos jóvenes estudiantes; significan “un antes y un después” para sus vidas personales y para el movimiento social en su conjunto. En ese sentido, salvo algunos casos de jóvenes que antes del año 2006 cursaban en colegios con una fuerte tradición política, ese año de movilizaciones, organización y “Revolución Pingüina” llegó por sorpresa para la mayoría de los estudiantes; simplemente no se lo esperaban. Tampoco fue una situación meramente espontánea; uno de los hallazgos importantes de esta investigación fue conocer un poco más de cerca organizaciones de Educación Básica (jóvenes entre 11 y 14 años) que ya se cuestionaban el modelo educacional, buscaban vincularse con otros colegios y se planteaban el poder del estudiantado en la política nacional a finales de la década de los noventa.

Yo estuve en la básica en organizaciones estudiantiles, partíamos en una iniciativa del año 1997 que eran las cooperativas de básica, nos capacitaban desde que éramos chicos. En ese colegio la parte cívica era muy importante, votamos para la elección de Lagos, simbólicamente, me acuerdo. Se desarrollaban varias temáticas participativas, discursos, de cabros chicos muy niños (Matías, 2014, Entrevista).

Si bien no se trata de la mayoría de los estudiantes, estas organizaciones tuvieron un rol fundamental en la reticularización del movimiento estudiantil de 2006, y los Centros de Alumnos (concentrados en la ciudad de Santiago) pasaron de ser unos pocos a desplegarse a lo largo y ancho del país.

En el año 2005, si no me equivoco, se iniciaron las primeras tomas de colegios por el Instituto Nacional, por el Aplica y por el 7 Teresa Prat. Lo que veía en mis salas de clases y en mi entorno era que el movimiento educacional ya estaba andando, ya estaba andando ese auge y esa discusión en torno a cómo tenía que ser la educación y cuál es la educación que nosotros queríamos. Todavía recuerdo que ya en ese tiempo se discutía cómo cambiar la educación entera, qué tenía que cambiar en el aula de clases, el rol del profesor, el rol del estudiante, el rol del profesor y el estudiante para con la sociedad (Matías, 2014, Entrevista).

Estos casos pueden ser considerados como los antecedentes más inmediatos del Movimiento Pingüino, pero no explican el surgimiento de una generación a nivel nacional de estudiantes movilizados. Como se ha venido argumentando, los estudiantes, en su mayoría, provenían de sectores de una clase media endeudada y con familiares ligados a amplias expresiones de la izquierda chilena, pero a la edad de 13, 14 o 15 años no habían entrado a una militancia política propiamente dicha.

No fue hasta 2006 que se empoderaron políticamente, de ser unos adolescentes escolares se transformaron en activistas de tiempo completo, dueños de discursos propios de personas más experimentadas y poseedoras de un amplio bagaje político. Muchos experimentaron sus primeras tomas de establecimiento, marchas y represión policial. Se desató un movimiento social que parecía haber estado contenido durante mucho tiempo y no había tenido la posibilidad de desarrollarse. Jóvenes anónimos pasaron a conformar el movimiento social más importante del último tiempo en el país. Fue, en sus propias palabras, un “despertar político” (Alejandra, 2014, Entrevista).

Antes de conformarse como actor político, esta generación nunca fue escuchada ni tomada en cuenta por nadie. Lo que se les pedía como jóvenes insertos en una sociedad adultocéntrica, es decir, con normas y trayectorias a seguir con el fin de insertarse al modelo de vida adulta preestablecido, era básicamente cumplir con su escolaridad, ser unos buenos alumnos y, de ser posible, entrar a la universidad bajo el modelo de estudiante-consumidor.

Las universidades prestigiosas, como se sabe, son tan sólo para un grupo minúsculo del universo estudiantil que existe en el país. Así, sumidos en la más absoluta marginalidad para recrear e imaginar el mundo que les gustaría

vivir (y bajo la experiencia de las movilizaciones de 2005 que mostraron que la implantación del CAE³ sería perjudicial para su futuro universitario, en caso de tenerlo) este despertar político, a nivel personal, vino acompañado de un sentimiento de ser parte de algo importante, ser relevantes por primera vez en sus vidas. Que la prensa de todo el país estuviera pendiente de ellos, que se dieran el lujo de quebrar mesas de diálogo con el gobierno, que sus familiares estuvieran de acuerdo y en cierta medida se sintieran reflejados por las luchas que los más jóvenes estaban dando, fue forjando a esta generación en la medida que comenzaban también a acariciar un poder que hasta ese entonces nunca habían tenido.

Es una experiencia que uno la vive y no la cuenta otra vez, estar con los compañeros, estar con la gente, aprender del proceso es una cosa que igual marca cierto hito dentro de la vida de uno, porque son hitos importantes que no solamente son personales, sino que es un hito que fue a nivel nacional y se recuerda al 2006 como un proceso social e inicio de un movimiento que se gestó después en el 2011 (Ignacio, 2014, Entrevista).

Los ojos de todo el país estaban puestos en ellos, en un contexto de “ingenuidad política”, por llamarlo de alguna manera, en donde parecía que las justas demandas en materia educacional, avaladas además por una gran mayoría de la población, iban y tenían que ser resueltas por la clase política gobernante. Los duros reveses que vivieron posteriormente a las movilizaciones de ese año, tanto por las posturas intransigentes del gobierno como por las divisiones internas del movimiento estudiantil, le dio a esta generación uno de sus atributos más importantes para afrontar el futuro político ya fuera del colegio: la decepción y la desconfianza en la clase política. Lo que significa inversamente en depositar la confianza en aquellos espacios alejados del poder tradicional.

Se trata de una generación decepcionada, rasgo esencial para comprenderla. Esta desconfianza por la política formal equívocamente puede pensarse como una deficiencia de los estudiantes para terminar de conformarse como un actor político clave en las transformaciones sociales del país.

3 El Crédito con Aval del Estado, CAE, es el mecanismo a través del cual los estudiantes sin recursos propios acceden a la Educación Superior por medio de un crédito adquirido con una institución bancaria. Es el responsable de las millonarias deudas que mantienen miles de jóvenes en el país con los bancos.

4. TRANSICIÓN COLEGIO-UNIVERSIDAD

a) La desilusión de la derrota

Después de 2006, el movimiento estudiantil acabó sumamente diezmado y con altas fuentes de incertidumbre. La combinación de la intransigencia gubernamental al ignorar sus demandas, luego de innumerables mesas de diálogo, junto a la división interna del movimiento, generada por quienes sugerían posturas más mesuradas en las negociaciones –presumiblemente dirigentes cooptados, según los mismos relatos de los estudiantes– significó asumir una derrota si bien políticamente significativa, subjetivamente dolorosa. Una entrevistada relata así lo acontecido en 2007, con la promulgación de una ley que dejaba con gusto a pocos de los estudiantes. No era por lo que habían luchado tanto tiempo y con tanta pasión.

Uff, fue mucho más peludo porque nadie quería movilizarse porque habíamos estado hasta diciembre. Además, la ACES se había dividido, entre la gente que se subió a la mesa negociadora y los que no. Entonces ahí lo que se hizo fue dividirse en zonales: zonal oriente, zonal sur-oriente, norte, poniente y sur, que era como la gente de San Bernardo, y eso causó mucha más disgregación. Y hubo como unas tomas de un mes, como movilizaciones que duraron un mes, estaba la Yasna Provoste pero no se sacó nada en limpio de eso y se terminó promulgando la LGE... Estaba todo el mundo enojado con todo el mundo. Los cabros más grandes se habían ido a la universidad, no querían tener nada que ver (Paula, 2014, Entrevista).

La ilusión que despertó en los jóvenes la fuerza transformadora de este nuevo actor social que ellos mismos habían levantado por medio de esfuerzos y sacrificios personales y colectivos, se vio enfrentada a un período de transición democrática en el cual “el imperativo pragmático de consenso se impuso a fuerza de una tecnificación y desvinculación social de la política” (Muñoz, 2011, p. 118) y en donde existían pequeños espacios (casi siempre institucionalizados) para movimientos más clásicos, como el de los trabajadores, pero en ningún caso para los jóvenes estudiantes del país, todo en la base de un consenso social preestablecido desde el regreso a la democracia en 1990. Todo esto significó el recogimiento y evaluación del movimiento social, además de un cambio en el imaginario generacional de ellos mismos y de cómo funcionaba el mundo político con el cual debían enfrentarse.

b) De la desilusión a la acción

La reflexión no duró mucho tiempo, dado que la “estratificación de la vivencia” de los jóvenes ya había sido moldeada por los periodos de desilusión e indignación mencionados anteriormente. La indignación ante los poderosos, como plantea el sociólogo Manuel Castells (2012, pp. 20) –con base en sus últimas investigaciones de movimientos sociales en red desde una perspectiva fuertemente marcada, por lo que se ha denominado neurociencia social–, se transforma en acción colectiva. Dado lo anterior, lo que resulta interesante destacar, en el análisis del movimiento estudiantil, es que la indignación y la impotencia condujo prontamente a los jóvenes a una rearticulación de las redes anteriormente establecidas, lo que en clave generacional significó el asentamiento de un imaginario y prácticas concretas en donde la política tradicional pasaba a ser el “adversario”. El escenario de esta reconfiguración del movimiento estudiantil (siguiendo las trayectorias de vida de esta generación) ya no fue el colegio sino la universidad. Los antiguos pingüinos –ahora universitarios– y los universitarios mayores se encontrarían en un espacio muy diferente, en donde la política está mucho más institucionalizada y, por tanto, se maneja en instancias deliberativas con ritmos totalmente diferentes a lo que acontece en un liceo o colegio. Esta situación produciría un fuerte impacto entre quienes venían de la experiencia de 2006, ya que se encontraron con una realidad completamente diferente, quizás no tan afectada emocional y generacionalmente como los pingüinos por las movilizaciones anteriores, con organizaciones políticas que pertenecían a “otra generación”, la de la transición y la confianza en los partidos políticos. Para estos jóvenes entrar a la universidad fue un desafío:

Cuando llegamos acá en la universidad nos encontramos con un espacio, donde no había política, donde había un desencanto con todo lo que era la política, donde no había discusiones. Donde a nosotros los que veníamos llegando nos veían como los niños que venían de jugar (Sergio, 2014, Entrevista).

No es tan exacto que no existiera un espacio político, sino más bien desde los imaginarios creados en los procesos anteriores, para esta generación el significado de la política no tenía nada que ver con lo que estaban presenciando en ese momento. Las organizaciones clásicas del movimiento estudiantil y la política universitaria simplemente no satisfacían los requisitos básicos de lo que para ellos significaba hacer política. El desencanto descrito en la cita anterior, tiene más que ver con la falta de un espacio político en donde las bases estudiantiles sean las responsables de accionar la movilización estudiantil. Para

ello, es necesario no tener líderes sino voceros, asambleas abiertas y no boletines informativos, etcétera. La participación individual en el movimiento estudiantil, más allá de la adscripción a alguna organización política, tendría que ser suficiente desde esta nueva perspectiva. Pero eso no es todo ya que, como añadido a la situación anterior, existía un fuerte prejuicio generacional contra estos “niños que venían del colegio a jugar en la universidad a hacer política” que no se acoplaban al mundo universitario y sus reglas y que, por el contrario, traían consigo nuevos aires a un movimiento estudiantil que establecería puentes cada vez más fuertes entre sus variantes universitaria y escolar. Primero el propio movimiento estudiantil y luego la política a nivel nacional sufrirían importantes cambios a raíz del poder que fue adoptando el desarrollo de esta generación de jóvenes movilizados.

5. EL PODER DE LA ORGANIZACIÓN

Si hay algo que caracteriza a esta generación es justamente una suerte de devoción por la organización entre pares, pero no una organización de cualquier tipo. Existe una fuerte unidad y reconocimiento entre los jóvenes en la medida que se formaron y crecieron generacionalmente bajo los mismos procesos de luchas y demandas sociales, lo que permite la cohesión del movimiento estudiantil chileno y la adscripción individual de jóvenes que no necesariamente comparten espacios de militancia. Al fin y al cabo, todos se dicen parte del movimiento estudiantil, y destacan valores y principios generacionales intransables que los marcaron de adolescentes y seguramente los seguirán manteniendo a lo largo del desarrollo de esta unidad generacional.

a) Las tomas y el sentido de la militancia

Las tomas de establecimientos educacionales, interpretadas a menudo como un recurso del movimiento para presionar a sus adversarios, es decir, como repertorios específicos de acción colectiva, cuentan con una dimensión cultural y generacional igualmente importante. Para Óscar Aguilera, en su análisis del movimiento estudiantil, las tomas guardan semejanza con los ritos de pasaje, transición entre un momento de la vida y otro (Aguilera, 2011, p. 18). Es decir, se trata de un momento fundante en la constitución de las vidas de los jóvenes y del mismo actor colectivo. Si bien no todas las tomas son iguales y cambian de acuerdo a las propias historias de los establecimientos y sus alumnos (Guarnaccia, 2011) en cada uno de los jóvenes marcaron un antes y un después, y reconocen que siguen teniendo una fuerte influencia en sus vidas hasta hoy en día. Las tomas, en su dimensión más material, significan un gran sacrificio ya que todo debe ser autogestionado: comida, espacios para dormir, higiene, tur-

nos de guardia, rotación de roles en la toma, etcétera. Es dejar las comodidades del hogar para dar paso a una aventura colectiva con los pares, en donde los aprendizajes son riquísimos y las situaciones se viven al límite. Además, las tomas tienen el poder de cohesionar a los grupos de estudiantes y robustecer las identidades colectivas beligerantes. Se trata de un momento de formación política fundamental para las trayectorias de vida de los estudiantes, “un ambiente político bastante nutritivo y donde todos éramos participes” como lo define uno de los jóvenes entrevistados. Se trataba, a fin de cuentas, de un momento de formación personal y política en donde mucho de lo que llegaría a ser en el futuro estaba en juego. Durante las tomas, se cristalizó una forma de ser militante de tiempo completo, en donde el compromiso y la solidaridad entre los compañeros es quizás el valor más fundamental e inquebrantable que existe. Por otra parte, el sistema asambleario, como mecanismo de elección democrático, refleja el tipo de organización política que goza de legitimidad en el interior del movimiento.

Lo que hay en el fondo de todo esto es la íntima convicción de que el único proceder válido es aquel que contempla, por medio de cualquier decisión colectiva, a todas las voces que puedan manifestarse en un momento determinado, sostenido por el mecanismo asambleario. Es por eso que esta generación quedó sumamente marcada por los hechos de cooptación vividos en 2006; justamente porque aquella práctica va totalmente en contra del proceso colectivo y popular que ellos mismos han ido construyendo a través del tiempo. También explica el distanciamiento que existe con los partidos políticos tradicionales, ya que éstos operan por medio de organizaciones de tipo vertical en donde el rol del militante está delimitado por esta o aquella directriz que provenga de las cúpulas del partido. No obstante, pareciera ser que la sola opción de militar y dedicar la vida a la política es respetable:

Tomar la decisión de militar ya es una decisión importante en sí misma, destinar un tiempo para militar ya es que estás dando parte de tu vida a un proyecto (Sergio, 2014, Entrevista).

Incluso las grandes diferencias políticas parecen matizarse y pasar a un segundo plano cuando otros jóvenes deciden inclinarse por formas de militancia más tradicionales. Una opinión que se comparte es el respeto hacia la convicción y disciplina de los integrantes de las Juventudes Comunistas, aun siendo parte de ese sector político que está hoy en día con el gobierno.

Yo creo que la jota ha tenido políticas súper acertadas, bueno es un partido que yo le tengo harto respeto, creo que en general son compañeros súper disciplinados (Marcela, 2014, Entrevista).

Si se hace un análisis cuantitativo, muchos de estos jóvenes (que hoy en día tienen entre 23 y 25 años) tienen más de un año de tomas en sus cuerpos, de vivir en sus colegios y universidades y nutrirse en el seno de esa comunidad política creada al calor de la movilización. Esta generación vivió sus primeras tomas teniendo entre 14 y 16 años y continuó así hasta la actualidad, ya siendo universitarios. De esa forma, son comprensibles los fuertes cuestionamientos que estos jóvenes hacen al sistema político vigente, en tanto la democracia representativa no encaja con la concepción de “la política” y “lo político” que ellos han instaurado como legítima.

Un último elemento importante a mencionar de las tomas es que significaron también la oportunidad de conocerse en la lucha entre muchos estudiantes de todo el país. Las tomas, lejos de ser cerradas en cada establecimiento, exigieron la colaboración de escolares y universitarios, apoderados y apoderadas, profesores, medios de comunicación alternativos y cada organización o individuo que quisiera aportar en mantener las tomas en pie, en un contexto de fuerte desprestigio por parte de los medios masivos de comunicación, bajo el argumento de que las tomas entorpecen el funcionamiento adecuado del año académico y perjudican el rendimiento de los estudiantes.

6. EL AÑO 2011: DE LAS DEMANDAS GREMIALES A LA CRÍTICA AL SISTEMA EN SU CONJUNTO

a) La convergencia generacional

Suele decirse que los pingüinos que se movilizaron en 2006 eran los universitarios que lo hicieron en 2011, y existe mucha razón en aquella frase, pero realmente ¿qué significa esto? Si pensamos en clave generacional, se trata de una generación de jóvenes que fue experimentando todo el proceso político iniciado a mediados de la década pasada, cuando unos escolares que nadie tenía en el mapa político consiguieron demostrar que a los jóvenes también les interesan los asuntos nacionales, lejos de la caricatura del joven apático que solía representarse en los discursos dominantes. Eso hasta que entraron a la llamada educación superior, sea universidad pública o privada, Centro de Formación Técnica (CFT) o instituto profesional. Como se mencionó más arriba, esta entrada no fue fácil. En el caso de las universidades privadas, porque no tienen la posibilidad de constituir Centros de Alumnos con rol de representantes políti-

cos del alumnado; situación peor se vive en los CFT y los institutos. En el caso de las universidades más tradicionales, las mencionadas barreras generacionales en cierta medida favorecieron el proceso de una construcción identitaria de lo generacional, estableciendo diferencias con “los más grandes” que veían cómo estos mechones⁴ llegaban con otras ideas y prácticas a la escena universitaria. Sin embargo, muchos de los estudiantes que, siendo universitarios en 2006, habían participado activamente en el proceso de movilizaciones escolares sirvieron como referencia a la llegada a la universidad. En ese contexto, se dio un especial encuentro en el espacio universitario entre los que habían sido escolares y los que eran universitarios en 2006. Este proceso de conformación generacional es explicado de la siguiente manera por un activista:

Nos vimos enfrentados a compañeros que no estaban ni ahí, que eran súper conservadores, que se reían un poco de lo que nosotros queríamos plantear, pero fuimos avanzando y nos juntamos con gente más vieja también, nosotros éramos de primero y conocimos a gente de segundo, tercero y de cuarto y esa opción se fue materializando. Vivimos una toma de campus acá el 2008, vivimos un proceso de conformación de petitorio CONFECH el 2010, vivimos la movilización del 2011 en las calles, hubo un repliegue el 2012, estuvimos el 2013 también. Entonces esa generación que se materializó el 2013 tuvo la posibilidad de que venía del 2006 de vivir todos esos procesos acá en la universidad y han sido los procesos de movilización más importantes y los procesos políticos estudiantiles más importantes en los últimos veinte a cuarenta años (Sergio, 2014, Entrevista).

En los últimos años, muchos procesos se fueron conjugando. En primer lugar, el movimiento estudiantil pasó a ser un actor político importante, manteniendo un diálogo constante con el gobierno y ampliando sus propias redes internas, dando espacio cada vez a más sectores estudiantiles dentro del movimiento. En este proceso, fue el movimiento universitario, y no tanto el escolar, el que se fue consolidando como referente de los estudiantes; en parte, por esta transición colegio-educación superior que ellos vivieron, pero también porque en el mundo universitario los debates pasan a ser más teóricos, como dice un estudiante: “En la universidad ya tienes otro tipo de discusiones, como más profundas, en el colegio era el que hablaba más bonito como que se ganaba que la gente lo siguiera” (Ignacio, 2014, Entrevista).

La conformación de esta generación en el espacio universitario, si bien venía trabajando en discursos críticos del sistema educacional, y del sistema

4 Mechones, cachorros, novatos: distintas formas para hablar de un estudiante de primer año de la Educación Superior.

social en su conjunto, necesitaba de un contexto específico para poder plasmar en el seno de la sociedad todo su poder transformador. Fue así que, durante el gobierno de derecha de Sebastián Piñera, se dio la convergencia entre una ola de protestas por temas medioambientales (el megaproyecto Hidroaysén, para ser exactos) y las demandas estudiantiles propiamente dichas.

b) Al calor de la protesta

Pareciera ser que donde más se sienten cómodos estos jóvenes es en los períodos de movilización social, momentos insertos en los ciclos de protesta y en los cuales sacan a relucir todos sus repertorios; es en éstos en donde logran importantes niveles de cohesión para posicionarse como un actor político con demandas específicas. Durante 2011, el movimiento estudiantil logró lo inédito: ir más allá de sus demandas gremiales con un fuerte apoyo ciudadano. Fue el momento también de consolidación de un largo proceso que había comenzado hacía ya varios años, en donde también estos estudiantes ya no eran adolescentes sino que se acercaban a la adultez. También, el movimiento estudiantil dio en este año un importante giro político: a nivel individual, los jóvenes se alinearon mucho más fuertemente en esta o aquella organización, a la vez que proliferaron organizaciones políticas nacidas al interior del movimiento estudiantil.

El año 2011 fue un año muy muy lindo, yo lo recuerdo con mucho cariño, fue el año de mayor formación para mí. Yo el año 2012 ya pasaba metida en todos los talleres que existían, con los cabros anarcos, con los cabros comunistas, con los trotskistas, con todo el mundo, hasta encontrar un poco tu camino (Lucía, 2014, Entrevista).

El año 2011 también significó la toma de conciencia y un punto de llegada en la movilización estudiantil. Como dice un exdirigente de esos años: “como generación permitió comprender en mucha mayor profundidad tanto el sistema educacional pero, principalmente, cómo se mueve realmente la política en un país en el fondo”. Se dio así una suerte de maduración del movimiento estudiantil, la cual coincidió a su vez con una maduración personal de estos jóvenes activistas.

CONCLUSIONES

El análisis de esta investigación contempla el año 2011 como un punto de llegada de una generación de estudiantes movilizados; éstos comenzaron a forjar una identidad política en la adolescencia, marcada por los procesos de movilización y una particular relación con el Estado y sus demandas. Así, el objetivo

fue comprender de qué manera se relacionan las trayectorias de vida de las personas en sociedades contemporáneas con las transformaciones sociales que viven éstas en la actualidad. Así, el análisis de los cambios acaecidos en la sociedad chilena en los últimos años se encuentra abierto. El enfoque desde una perspectiva generacional es tan sólo una herramienta analítica para comprender tales transformaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilera, Ó. (2010). Cultura política y política de las culturas juveniles. En *Utopía y praxis latinoamericana*, vol. 15, núm. 50 (pp. 91-102). Maracaibo: Universidad de Zulia.
- Aguilera, Ó. (2011). Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes secundarios chilenos el 2006. En *Revista Propuesta Educativa*, núm. 35 (pp. 11-26). Buenos Aires: FLACSO Argentina.
- Aguilera, Ó. (2014). Generaciones: movimientos juveniles, políticas de la identidad y disputas por la visibilidad en el Chile neoliberal. En *Colección Becas de Investigación*. Buenos Aires: CLACSO.
- Aigner, M. (2011). La protesta estudiantil en Chile. En *Revista Electrónica Centro de Estudios de Opinión*, núm. 24. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Alvarado, S. y Vommaro, P. (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Álvarez, S., Dagnino, E. y Escobar, A. (1998). *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Boulder, USA: Westview Press.
- Auyero, J. (2004). *Vidas Beligerantes: dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes
- Balardini, S. (2002). *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Baño, R. (1985). *Lo social y lo político*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Bauman, Z. (2007). Entre nosotros las generaciones. En *Nosotros, sobre la convivencia entre generaciones*. Barcelona: Caixa Catalunya.
- Bellei, C. (2010). Evolución de las políticas educacionales en Chile (1980-2009). En *El Libro Abierto de la Informática Educativa* (pp. 14-36). Santiago: Ministerio de Educación/LOM Ediciones.
- Bourdieu, P. (2002). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología y cultura* (pp. 163-173). México: Grijalbo-Conaculta.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Duarte, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción. En *Revista Última Década*, núm. 36 (pp. 99-125). Santiago: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Feixa, C. (2000). Generación@ La Juventud en la era digital. En *Nómadas* (Col), núm. 13 (pp. 75-91). Bogotá: Universidad Central.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 4, núm. 2. Manizales, Colombia: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud.
- Fleet, N. (2011). *Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica*. En *Polis: Revista Latinoamericana*, núm. 30 (pp. 99-116). Osorno, Chile: Universidad de los Lagos.
- Flórez, J. (2010). *Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en las teorías de los movimientos sociales*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Garcés, M. (2012). *El despertar de la sociedad: los movimientos sociales de América Latina y Chile*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Garretón, M. (2012). *Neoliberalismo Corregido y progresismo limitado: Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Buenos Aires: CLACSO-Colección Pensar América Latina.
- Gómez, J. (2007). Chile: 1990-2007 Una Sociedad Neoliberal Avanzada. En *Revista de Sociología*, núm. 21 (pp. 53-78). Santiago: Universidad de Chile.
- Guarnaccia, S. (2011). El rol y el simbolismo de las tomas dentro del movimiento estudiantil de 2011. *Independent Study Project (ISP) Collection*. Consultado en: http://digitalcollections.sit.edu/isp_collection/1164
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Leccardi, C. y Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. En *Revista Última Década*, núm. 34 (pp. 11-32). Santiago: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Mannheim, K. (1993). El Problema de las generaciones. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 62 (pp. 193-244). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Melucci, A. (1996). *Challenging Codes: collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: COLMEX-Centro de Estudios Sociológicos.
- McAdam, D., McCarthy J. y Zald, M. N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Muñoz, V. (2011). Juventud y política en Chile: Hacia un enfoque generacional. En *Revista Última Década*, núm. 35 (pp. 113-141). Santiago: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Ponce-Lara, C. (2013). La socialización política en el aula: comparación entre las movilizaciones de Francia y Chile. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, núm. 11 (pp. 603-615). Manizales, Colombia: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencias de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Bogotá: Editorial Norma.
- Rodríguez, E. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo: CELAJU-UNESCO.
- Rossi, F. (2009). *La participación de las juventudes hoy: La condición juvenil y la redefinición del involucramiento político y social*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Ruiz, C. (2013). *Conflicto social en el liberalismo avanzado: Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*. Buenos Aires: CLACSO.
- Sáez, R. (2010). La OCDE y el ingreso de Chile. En *Revista Instituto de Estudios Internacionales*, núm. 166 (pp. 93-112). Santiago: Universidad de Chile,
- Salazar, G. (2012). *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*. Santiago de Chile: Uqbar editores.
- Saltalamacchia, H. (1987). Historia de vida y movimientos sociales: el problema de la “representatividad”. En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 49, núm. 1 (pp. 255-277)
- Tarrow, S. (2012). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Fecha de recepción: 26 de septiembre 2017

Fecha de aceptación: 04 de diciembre 2017